

ABDALLAH HAMMADI

CONVERSO CON EL OLVIDO
(Poemas)

Edición de
Isaac Donoso



Revista Argelina
2016

I

CONVERSO CON EL OLVIDO

¡El temporal de la soledad
muere el vacío de tu horizonte!
Y una frescura de arco iris
cae en pesadillas en tu lecho
nocturno.

¡Lejos de viento quedó tu arenal
sin navío.

¡Qué sorbo de aroma te alivia!
¡Qué grito fantasmal se ve
urgir entre las ventanas de tu abismo!
Lueña se marchó, aquella
brisa de tu mañana.

Amo con la fuerza del azor
el azul celestial que se derrama
de las lenguas de tu alborada.

¡Oh sonrisa, fúnebre y polvorienta,
no te acerques a su dolor
con tu placer de cuchillo!

II

El viento del sur lamenta
esta noche.
Le vi arrascar el opaco mirador
de un corazón perdido.
Suele esparcir frescor de recuerdos:
suele acariciar labios sedientos
de tu ventana:
suele vender con ternura aquella frente.
El viento de esta noche
con pesadilla de cristal se rompe
en tu pecho.

III

*Late corazón... No todo
se lo ha tragado la tierra.*

A. Machado

Un olor de malestar cubre la cal
de mi estancia, y un hálito de suspiros
verdes marcados por fenazos de estupor
desvelado, tendido al borde de una almohada.
Una silueta fugaz con hullas grises
se quedó tejida en un pensamiento.
Ya ves la noche, amarrada en su atarazana
con las estrellas del recuerdo.
¡No gira el espacio esta noche, se ve
contoneando, vacilando y vuelve a recaer
en tu regazo como pesadillas desérticas!
Todo huele a fervor de dunas. ¿No sé
qué? ¡Tal vez a senderos torcidos con
cristales de espejismos rotos en una
garganta sediente!
Dejé la frente al alcance
de la brisa del atardecer...
Dejé los brazos hundir en los rayos
teñidos del ser y del estar...
Nada trajo al pájaro dorado
de aquella isla de miradas solitarias.
Sigue mordiendo el capricho una vaga
visión brumosa desatada.
Tal vez, clara como un sorbo
de un ojo de azor, sigue entretejida
entre las uñas de un expatriada casida.

IV

...Me acerqué a su mirada
con el fin de recolectar
los narcisos de su pecho.
Cuerpo a cuerpo se lanzaron
disturbios en los labios,
y de golpe se vertió
un vaso lamiendo el suelo.
¡En el acto vi naufragar los narcisos
en la clara oscuridad!

V

FEDERICO

VOCES TE RECLAMAN DESDE LAS ALTURAS DEL ATLAS

Aquí me tienes ante estos ojos tuyos
que hicieron crecer a la morena aceituna.
Aquí estoy, empapado con sangre de la
revolución
y polvoriento de las arenas del lejano Sur.
He sido enviado, sin más presentes
que una flor lírica de palpar beduino, una
cabalgadura beréber
para la que todas las distancias son estrechas,
y una azucena árabe de pétalos marchitos.
Ay hermano, ay hijo de mi madre,
que nuestra sangre tiene ya sus frutas maduras
en las alturas de ese Atlas que se extiende bajo
este horizonte,
que las balas de la O.A.S. no son ya más que
una extraña melodía
que suena en nuestros trigales verdes.
Esos mártires nuestros que cayeron en los
barrancos
se han convertido en una fragancia silvestre
que llena de júbilo los astros del cielo.
Hermano, tu que eres hijo de esa madre
nuestra que es una lírica
beduina.
He venido de los picos del Aures,
enviado con la carga de ese pueblo
que ha sembrado en cada surco un grano de
revolución.
¡Ay hermano Federico!
Que he venido para sacudir de tu frente
el polvo del olvido para sembrar sobre tu losa
una flor
cuyo nombre es al-Andalus.
Hermano,
que hoy vengo para llevarme la ceniza de tus
huesos
y quemarla como incienso en el templo de
nuestra liberación sagrada.
Voy a llevarte a mi pueblo, hermano,
a ese pueblo que ha hecho nacer el sol

en medio de la oscuridad nocturna.
Voy a llevarte a mi tierra,
ésta que supo enseñar al enemigo el modo de
inclinarse
ante los brazos robustos del pobre.
Voy a llevarte, en fin, hacia la lejanía,
bajo aquella palmera orgullosa,
 junto a aquel pozo de agua de cristal
Y sobre la alfombra dorada del desierto,
 voy a edificar el templo de tu culto,
que será construido con los laureles de la
poesía beduina.
Levántate pues, hermano, y mira hacia el Sur
que flota en espejismos.
Verás allí una silueta que destaca entre las
dunas del *hogar*.
Es la imagen de alguien
 que espera anhelante, vamos,
ven conmigo, para que nuestra tierra de
libertad
 celebre tu llegada.

VI

A MACHADO

¿Hierde tu corazón la luz de la luna
ensangrentando la noche tus párpados
en vela?
¿Te sumerges en el aire como la niñez
perdida a jirones en las haces
del gentío?
¿Gritas buscando dónde está Dios,
siendo tú Dios amado
del hombre?
¿Soplas, soplas como la tormenta?
¿Hierves, hierves como el ojo
de la bruma?
¿Abres al viento tus ventanas
mirando a la aurora
de mañana:
y en una barca de fantasía infantil
abandonas las esperanzas, soñolientas
como la victoria?
¿Anhelas la plaza vacía?
¿Y la fronda verde floreciente
y el sol en el crepúsculo rojo
y la luz que se entierra
pese al destino?
¿Por qué, hijo del sol meridional,
hiciste de la vida una nota
de guitarra?

VII

Tu imagen detrás de un cristal de despedida
me persigue,
hasta alcanzar el fondo del mismísimo
sentimiento.

Era tenue, borrosa, lejana
pero en el fondo del espejo se declina
como un planear de una gaviota
sin marinero.

Sigue, y me persigue palpitando
con un adiós sin promesas
y sin silencio.

Arde corazón, gime suspiro
la tarde lluviosa y el cantar
a tu alcance.

Lejano quedó tu cristal:
oh mundo de aquella tarde.
Todo se fue tras un cristal
alejándose con el recuerdo de una mano
y con la despedida en la otra...

¿Adónde va tu camino caminante?

Una silueta fugaz te la robó
una vaga tarde de llovizna
casi de invierno
mientras una espina de pasión
se clava en el ocaso...

VIII

A mi amigo Juan de Loxa

La tormenta de ayer me parece
una flor lejana que se escapó
del exilio de aquella primavera
¿Recuerdas...?
¡Ya sentí que sólo fueron palabras
reflejando conceptos torturados
con fulgor de una oscuridad
verídica por encima del espacio!
Son palabras que nos relatan palabras
rojizas como espumas o plumajes
regados por las últimas gotas
de un polvo del mediodía.
Palabras quemadas de un sol infernal
que de tanta transparencia se ven oscuras
por herencia.
Como una mesa cargada: pero no sé
de qué puede ser cargada... tal vez
de pánico.
La palabra se siente famélica, por eso
muerde el espacio.
El espacio se esconde tras un cielo de claridad
y se refleja al borde de una carretera

de rayos...
Oscura, clara transcurrió la palabra
ahorcada antes de nacer frente
del espacio.
Qué claridad nocturna se ve fundir
con ojos lánguidos, cristalinos, tenebrosos
y aromáticos.
Al borde de la rivera una clara
palabra atada al tronco del espacio.

IX

*Ve y despierta al copero que parece dormido:
ya el relámpago al ámbar oloroso ha encendido.
Ven, escánciame y bebe este fragante vino,
No hay delicia en el mundo como su cara hermosa
y la copa!*

Ibn Játima de Almería, s. XIV

Pensé que sigues esperando
tras el velo con tus ojos de hurí
la llegada del *Halcón de Qurays*.
Ya es tarde, muchacha
Katy ha denunciado tu velo.
Sal de tus follajes con tu vaquero
de gringo.
¡El Zoco del viernes dejó
de hervir desde el año del “catapún”...!
¡La túnica de tu amante
en una jaula cristalina
respira un aroma de peste
de un dólar californiano!

X

Galopando, sobre una montura
de un espacio sin vestido
sobre una crin fugaz de un
viento llamado caballo.
Nada impide el paso
una palmera altiva mirando
al cielo sin hacerme caso.
Un buen jorobado
entretenido con el ocaso.
Todo como lo ves gira en torno
del espacio
nadie, con su hacha negra
impide las ceremonias míticas
del Siroco.
¡Así vuelvo a nacer cada día
con mi montura y mi viento!

XI

Tengo frío mujer de mis
quimeras,
tengo sed, ninfa del
norte...

¡Ya, me encuentro vacío
sólo, con mi recuerdo
y mi desierto!

Además, la madre virgen
de la "Lírica" espesura cerró
sus puertas a mi pecho.

¡Qué lástima!
...aún pido un trago
de suerte...

Abre hacia el calor tu ventana;
traigo del lejano arenal
una flor de canto.

XII

¿NO VOLVERÁ NERUDA?

No volverá. No.
No volverán a escribirse los versos más tristes
ni de nuevo titilarán los astros en la Onda azul
infinita.
No volverá...
Ni girarán los vientos desnudos en la noche
para abofetear las contraventanas cerradas.
No volverá.
Y ya no se pedirá el castigo de las serpientes
y de las hienas voraces.
No volverá...
y no se verá la noche inmensa
sin la amada.
No volverá
para cubrirla, como la primavera
cubre a los cerezos.

Y no caerán los versos, como el rocío sobre el
pasto,
encima del corazón huérfano
bajo las tinieblas de penumbra.
¿Quién infundirá paciencia
a la tierra y a los indios?
¡Ah, montes de Chile,
alturas de Macchu Picchu,
ardientes hombros de Cuba
encendidos hornos del cobre,
remotos pueblos de España
como luciérnagas en la noche oscura!

¿Quién levantará la melodía del verso,
alimento eterno,
hacia los corazones que laten
en el bramido de ola roja
arrasadora?
No volverá...; y no morirá...
Y no veremos el amor que sopla de los labios
de Peleas y Melisenda.
No volverá el pan de los pobres
ni se trillará la vida bajo los cascos

de los caballos.
¿Marchaste porque te llamara Lorca
desde los rayos del alba?
Cabalgaste en el hoyo del último sueño
besando a la muerte?
La piedra de la muerte no ensangrentará tus
pasos
infinitos.
He sabido del rayo de luz
que el relámpago de la letra resplandece
hasta el fin del mundo;
y he sabido del eco del crepusculario que una
estrella
en el sur dibujó el aliento
de tus entrañas angustiadas.
Y saltaste sobre el mar de la muerte
Y caíste en el cielo de la vida.
Cante tu dulce voz,
plenitud de todas las gargantas humanas:
duerma la gloria de vísceras degolladas
y huya el llanto
de la cárcel
de los ojos
carmesí
para siempre, para siempre
a los susurros,
a la noche que marchita los restos
de la vida.

XIII

POEMA *A MI MADRE*

Palabra que no olvidaré,
profunda como el mar
con sabor de aire
y gusto de amor en los labios.
La busqué en los collados de los códices
antiguos,
pero se escurre de mis manos como un pez
de manos de un pescador.
Suave y lisa
la veo cercana junto a mí,
frente a mis ojos saltones.
Y casi la toco y la vierto en mi copa
para beberla.
Y vuela con alas de pájaros gris
remontándose a lo alto
hasta desaparecer.
Resbaladiza, o di —si quieres—
bruma transparente
que se amontonó sobre mi pecho.
Habita en mi alma antigua y en la nueva,
fluye en mis venas como la sangre
(roja y blanca)
y ¿cómo no puede saber su contenido?
Ah, dueño de la antorcha,
con ella encendiste la luz violeta
del sol.

XIV

SILENCIO HONDO DE GRANADA

A mi amigo Manuel Villar Gil

El horizonte pálido se extiende
con su triste color
y sobre la alfombra verde galopa
el carro del tiempo
llevando los ídolos y las estatuas
y dejando tras si profundos carriles
sobre los grises rastros.
La ciudad blanca se alza con su pico erguido
y la colina roja despunta en un sol
que no conoce el ocaso,
en el abismo del océano.
Tiene días de mañana,
ignora las noches.
El tañido de la campana revuelve los
corazones
sedientos refugiados en las imágenes
para que los acune la esperanza
asomada a la orilla del infinito.
Un ángel de mirada faraónica,
de alas abatidas, hundida la cabeza
y el corazón roto en la cruz sangrienta.
Es el que se hundió en el mar,
sin retorno...
Ojalá mi verso fuera un sueño
frente a las preguntas del pasado,
porque atónito no sé
si soy el amante o el extraño
en estos palacios.
Dolor de Granada dormida
¿Dónde está el bello perfume de la *'abayya*
que arrastra su cola
y el turbante de puntas retorcidas
y la corona cristalina y brillante como el sol
en el degüel o del crepúsculo rosáceo?
¿Dónde están los potros, las cantoras, la corte?
¿Dónde están los Banu al-Ahmar?
Ay, pena de la partida antes de que llegase el
extraño.
Pena de los palacios vacíos en los que se

cerraron
hasta los párpados,
y la rosa que vigila sonriente
y el fragante jazmín y el narciso de pétalos abiertos
y marchito por la lejanía
en la estrechez del largo camino,
dormido al amblar de los pasos.
Granada, aquí estoy abriendo mis brazos
ante tu gloria coronada de espinas
y, descalzo, piso tu esplendor
y me agota la humillación de épocas ya idas.
¿Dónde están tus tempestades y tus truenos?
¿Dónde está la inspiración bajada al universo?
¿Dónde las deliciosas fragancias
impregnadas del verdecer de los olivos
y del servo del Guadalquivir
que decapita con su daga
tu andaluza tierra dormida?
Ay, brisa ahogada con llanto de penas y dolores.
Partamos la desgracia y el pesar
bajo el cielo a quien encadenaron los años
de miseria.
Aquí estoy, acurrucado, atormentado por el verbo
y el agente y la circunstancia y el adverbio
y la oposición a la luz de la luna
de equilibrio endeble.
¿Dónde está el relámpago, el chaparrón,
el león rugiente?
Quiebren las tormentas el vaso de mis penas
y agote los horizontes del sabor
de mi nostalgia.
Heme aquí, vivo sobre las trizas de la noche,
expectante con su lámpara artificial.
Y tú, cantas en el Generalife,
quejosa del sufrimiento lejano,
tú que nadas en el alba del reino
de la fantasía.
Espacio, cuenta la historia de la Alhambra,
una canción.
Y si to corta la timidez,
no to avergüences, porque en el silencio
son dulces los susurros.
Aquí, envuelto en las ramas de los árboles,
me atrapa el canto del agua con el murmullo
de sus quejas.
Aquí estoy besando la frente del león

de lomo hundido por el destino silente.
Aquí, residuo de la bruma,
espiral en el seno de Orión,
errante, perdido.
marinero sin nave,
poeta al que el amor destrozó
los párpados sobre la guitarra.
No me preguntes cuando nos encontramos
tras el olvido.
Somas así:
vivimos y nos moriremos
pese a las campanas de la muerte.
Y quedaremos bajo el ala de la noche,
en sus tristes fulgores.
Enviamos el suspiro para verlo
como una lágrima que corre
en las mejillas del Darro.

XV

A mi amigo Carmelo Sánchez Moros

*Cuando el agua susurra al oído de los guijarros,
el céfiro se detiene cauteloso como espía;
pero un pájaro con su canto le delata, y el céfiro
se atemoriza ante el escándalo.
Llora entonces una bruma procurando la sonrisa
de las flores.*

(Poeta granadino anónimo del siglo XV)

Por tu rostro sombrío
borraré las raíces del espacio.
Por tu agua gemida
me casaré con tu fragancia.
Por tus versos oriundos
sembraré mis arenas.
Por tu muda sonrisa
cabalgaré el viento
Por tu mirada marchita
besaré mi alfanje.
Por tu trágica sin venganza
renunciaré a mi Sinhaya.
Por tus rosas del recuerdo
encarnaré a Abu-l-Hayyay.
Por tu sorda lejanía
resucitaré a Ibn al-Jatib.
Por tus torres brumosas
edificare mis casidas.
Con azucenas y zureo levantaré tu *al-mibrab*.
Con mi sudor de *zinatí*
y mi yegua berberisca
alcanzaré tu Ben Omayya.
Regaré tus arriates, tu ámbar de Oriente
con el treno de mi laúd de mirto.
Por el vino y el copero.
Por el mancebo y la Zumaya.
Por Badis y el Bermejo.
Te haré ofrenda, mi Constantina.

XVI

DON QUIJOTE SE PONE EN CAMINO

Dedicado al gran poeta Vicente Aleixandre

¡Venga mi Rocinante!
el que suele rodar como un guijarro.
¡Venga mi rodela, mi espada y esa mi lanza
tallada en colmillos de tigre de feroces
junglas!
¡A mí!
Pues que saldré a caminar,
a derribar el molino ruidoso
y arrancaré de raíz esos vientos
que en mis oídos aúllan,
que perturban el descanso de mi cementerio
blanco,
la siesta bajo la frondosidad desnuda,
el beso del azahar en mi marchita primavera,
la siega de espigas en mis bancales yermos,
el pasto de inútiles rastrojos,
la noche, el día y esa llama de sol de helada
crueldad.
¡Venid a mí!
y surcaré esa Castilla estéril
que tal vez parirá un hijo con ala de pájaro,
encendiendo, quizá, las velas de tu templo
mortecino.
¡Venid a mí!
y abriré con la punta de mi lanza las venas
de esta Mancha que perdió su último esposo.
¿No veis, acaso, cómo el luto marchita sus
párpados?
¡Sancho, mi apoyo, mi compañero!
tú que eres parte de mí mismo, tú, mi
propio camino,
observa con atención y planea con oído
lentamente:
Yo soy una bandada de pájaros
y con bandera blanca surco los campos.
Soy una lanza de golpe fatal,
cuya agilidad somete a las fieras.
Soy un buen nacido

que en la palestra te conquista la esperanza,
Soy aquél que te ha contado las leyendas
de Grecia
y quien pervivirá como las inscripciones en
las ruinas antiguas.
Soy yo ese profeta enmascarado de selva,
engendrado de la carne de la tierra.
Yo soy quien se arroja al mar
y te protege del furor de la tormenta.
Un bálsamo soy para la herida del pájaro,
alguien a cuyo cuello se anuda la desgracia
y cuya ausencia es patente, cuando la tiniebla
es rival de la verdad.
Con una luz rojiza voy en pos de un imposible
preguntando a los hambrientos por el veneno
de las sierpes.
Soy, en fin, esta miseria negra ansiosa de que
salten los grilletos.
Ésta es mi rodela,
Rocinante es mi caballo,
no es preciso que usurpe la yegua del
testarudo Cid
cuya mellada espada, es ya de inútil de tajo,
y su Babieca rendido
¿No lo ves?
Está como un halcón acurrucado allá en Vivar
y no consiente responder a mi reto.
¡Sancho, mi estandarte!
¡Sancho, mis sandalias!
Dejemos ya el descanso en estos aquilones.
¿No ves, la brisa se entorpece con las alas del
hambre?,
¿qué tiembla entre las uñas del águila?
Las moscas crueles, coma un reloj en las senos
del tiempo van contando sus vertebras.
¡A mí, Sancho! ¡A mí, compañero!
Disponte ya, pues que hoy serás mi escudo, mi
arnés, mi ejército.
Serás hay mi polvo y mi bonanza y mi nube
y esos labios míos conscientes bajo la luz
de la luna.
Caminaremos con el viento dejando los ritos
bajo los cascos de nuestra gloria,
devolviendo así a la noche su peregrino sol,
y libertad al mar que preso está de península,
que las cadenas le sangran y se desangra,
que la pasión le atormenta y es tedio
su esperanza.

¡Vamos, vamos!
Abandona tu cantina,
lanza al viento tu rebuzno
y en la tierra engarza tu perfume.
¡Vamos ya!
Mira al Norte y observa cómo nos acecha
como un halcón en su atalaya;
óseos restos en sus garras manchadas de sangre,
despojos de tan palpitantes entrañas
que reclaman el quejido.
También leves plumas que bajo el ritmo
implacable
de su picotazo aprendieron una nueva canción.
¡Vamos!
pues los carros de ayer pasaron, no conocen el
regreso.
Los ídolos de viejas glorias que arrastrara el
Tajo,
enterrados yacen en el Guadalquivir.
El grito lejano de un niño se derrama en
la plenitud del camino
y es un grito de socorro.
¡Y paloma blanca!
¡Y cueva de hambrientos!
que tu susurro resuena en la cosecha de mi
llanto,
las lágrimas laven los céfiros de mi angustia,
cave una tumba para la cobardía
y entiérrala en las nubes.
Arranca el arado del tenaz espejismo
y cabalga a lomos del cielo.
Saluda, en fin, a la embrionaria mañana
pues que a ti ha venido el más valiente
blandiendo la espada del rescate.
¡Ay Sancho, mi camino!
¡Sancho, mi esperanza!
mira no te encadene la ilusión
no vayas a olvidarme.
Arrea tu jumento,
suelta al viento tu barba hirsuta,
déjala que abrace el horizonte,
que viaje a esas estrellas que murieron lejanos
techos.
Déjala revolotear como a la gaviota que picotea
conchas en el arenal de una playa.
Y que a las tumbas lleve su mensaje.
Y que encienda un pabilo a las tinieblas.
Que lloriquee como el recién nacido,

pues que el llanto mostrará el camino hacia el
seno cariñoso.
Déjala que nade en el espacio,
competir con la melena del león que corre tras
la presa.
Que suelta sea su brida hasta que estalle como
el ritmo del timbal.
Tal vez avise los oídos de esos cuervos que
duermen en lodo de pútrida carroña.
Deja que allane mi camino
y escánciame en tu vaso de barro
licor de fuego y sangre.
Que los sorbos que me ofrezca derritan el hielo
en mi garganta.
Permíteme cortar una rosa de tu lanza,
acaso fructifique en mis entrañas
el puñal envenenado que raspa mi sueño.
Arre tu jumento, camino mío,
abre las puertas a una difícil jornada,
deja que el rebuzno llueva sobre mi cuerpo
desnudo,
competir con el viento y con los días perdidos,
ser como un golpe sagrado que asestara al
fuego.
¡Sancho, Sancho!
crucemos ahora el mar
y que tu ágil lengua se deslice como una
balsa
y tu sonrisa de tierra como una vela se ice.
¡Adelante!
toca el mar con tu vara mágica,
que yo, mi espada y mi escudo,
Rocinante y yo prenderemos las espigas del
viento
y entonaremos para ti el himno de la tierra:
Así vamos, amigo mío, compañero,
lamiendo la infinita planicie del mar
que hierve, se algazara y se rebela.
Cual si destello de alba se tratase,
o un cementerio antiguo
o una ciudad bañada en sangre,
cuyo pendón blasonase a una paloma.
Don Quijote soy,
el profeta embozado,
tal vez, esa tortuga que por burlar los
colmillos del
tigre,
destuvo un instante la luz de la jungla.

Don Quijote, sí, amigo mío,
que cabalgó su locura
para ofrecerte el sueño de una casida.

Madrid, 20-6-1975

XVII

¿POEMA AL BURRO?

A mi amigo José María Forneas

Camina, burro,
y no te excuses.
Sé que la carga
ensangrentó tu lomo.
Lo sé.
No te menosprecies
porque tras de ti
carga yo la mía.
La soporto desde que la noche
se entrevera de luz,
caminando, caminando, caminando...
En las tinieblas, en el barro
¡repicando tambores
y fabricando flautas
y vainas de espada
para las fiestas!
Heme aquí corriendo sobre tus huellas,
que no dejan más rastro
que el infinito camino.
Y cuando volvemos la vista
se nos convierte en fantasma;
Y si lo montamos
es una cabalgada en un palo
de niño.
Lo piso
y no volveré a montarlo.
Me voy, como ves, me voy
hacia la orilla roja
donde bebo —contigo—
el llanto de los peces
y como la espuma del mar
hasta que torne la luna
de su largo viaje.

Dormiremos abrazándonos el cinturón
de la playa
y besaremos la arena.
Leeremos, a la madrugada,
palabras de sonámbulo:
un ojo
derramando llanto
con letras silentes
dormidas sobre la seda larga

que invade el silencio.
En la enfermedad de su pobre tierra
como las hojas del otoño.
Camina, pues, burro,
que la aurora asciende y deja el camino
a quien lo compra...
¡Chiss, camina y calla!

XVIII

Dueño del ocaso carmesí
flotante sobre las ondas,
dame tu halcón
préstame luz de tu imaginación alada
para verla y palpar su latido
y déjame surcar los campos en la tiniebla
estúpida, con los brazos abiertos
y la cabeza al aire,
llevando en mi mano tu ascua
que quizá encuentre en las torrenteras
o en las colinas eternas,
o paciando en jugosos pastos silvestres.
Y si cantan los pájaros su sentir
percibo en el vibrar de sus trinos
un eco ascendente
hasta abrazar las nubes.
Y la veo.
Un alma sin cuerpo que traza en letras de
plomo
en pos suyo la palabra nostalgia
diciendo:
Estoy aquí, ven conmigo, si quieres...
Y viajo en la barca de mi fantasía
despertándome el runrún que arrulla las pobres
hojitas del otoño
y punteando en su laúd:
“Nostalgia, ¿cuándo nos uniremos,
cuándo se fundirán las almas?”.
Y otra vez, y tantas veces, como siempre
la veo escrita con letras viejas
sobre la frente de quien despide,
de amanecida, al marinero
y anhelando abrazarle con el crepúsculo.
Y cuando regresan, ves en sus pasos
dos palabras que saltan alborozadas
estrechándose. Eran:
“amor y nostalgia que se reencuentran
tras el abandono”.

XIX

A mi amigo Rafael Rodríguez

...Compañero, amigo, *aji*
camarada de mi llanto;
suelta tu ardiente fulgor
sobre mi espada.

Alza tu puño feroz
Sobre mi palabra
y clama al cielo fugaz...
...¡Qué maravilla!

Pórtate firme, bravo y muro
surca las dunas del mar
sin agonía...

Ahí, verás, allí tendrás
un corazón de melodía
allí, gime un dolor que
hierve en fantasía.

....Camina burro
solo, con el sudor
en compañía.

XX

*¿No ves la hermosura de aquella luna
en el horizonte?
Parece una corona, tal vez arco iris, una barca,
a una letra de Nun escrita con lima de oro sobre
un cristal azul*

Abu-l-Baqà de Ronda, s. XIV.

Siempre navegando por el camino:
desde los confines del Hoggar, un vasto
pasto
de arenal me guía;
¡lamiendo el céfiro de un latido sereno!
Un río de cristal se vierte
hacia el infinito
En la otra orilla, dos siluetas de verde
clamor suplican el horizonte.
¡Qué claro deleite se ve vagar
persiguiendo la sombra de una caravana
de zureo y velos de un atardecer herido!
Te llevo como a los suspiros intercostales,
te llevo pese a las mareas de verde oleaje.
Ya no siento vacío
ni con cristal roto en la frente;
sólo gacelas de nocturnas miradas
y de panal de sonrisas.
Deja fundir tu sombra en el asfalto
del descubrimiento...
En las vidrieras congeladas, de un Museo
sombrío
¡¡tus huesos de ayer se besan con faroles!!

GLOSARIO:

‘Abayya: Túnica árabe

Abu-l-Hayyay: Yusuf I, rey de Granada (1333-1354).

Aures: Montañas en el noreste de Argelia donde se declaró la revolución de 1954.

Aji: Hermano

Banu al-Ahmar: Dinastía de los reyes nazaríes de Granada (1232-1492)

Casida: Poema monorrímo árabe

Constantina: Ciudad en el noreste de Argelia.

Halcón de Qurays: Calificativo con el que se conocía a Abderramán I.

Hoggar: Región de los hombres azules llamados Tuareg.

Ibn al-Jatib: Gran visir de Granada y poeta (1313-1375).

Sinhaya: Tribu beréber.

Zinatí: Apellido beréber, de donde viene “jinete”.